



"Guernica", de Picasso.

los de sus antiparras a la hora de conceder el aprobado a los novelistas de acción españoles. Si se tratara de Greene —por ejemplo, el Greene de *El factor humano*—, las dudas incluso ofenderían a

quien se precie. Si se trata de González-Aller —aunque sea este formidable novelista de *Operación Guernika*—, el hielo de la crítica no deja ver el mar de los zarpaños. ¿Comenzará finalmen-

te, con *Operación Guernika*, a resquebrajarse el helado silencio que pesa sobre la novela de acción española? Aller, por su parte, ha hecho todo lo posible. No se puede dar más por menos. ■

## Un estilista y partisano de lo fétido

**P**OCOS escritores más reconocibles en cualquiera de sus obras, sea cual sea el género que toquen, que Jean Genet. Entre nosotros es más o menos conocido del gran público por las versiones de *"Las criadas"*, estrenadas por Víctor García y Antonio Corencia. Sin embargo, teatralmente hablando, nos faltan piezas suyas de la entidad de *"El balcón"*, *"Los negros"*, *"Los biombos"*. El Genet novelista se nos muestra ahora en *"Querrela de Brest"* (1), y se anuncia para fecha próxima *"Milagro de la rosa"*. De *"Diario de un ladrón"* existe traducción no fácilmente encontrable, y quizá sea su obra más personal. *"Nuestra Señora de las Flores"* fue publicada en diversos países con un prólogo de Jean-Paul Sartre, que no en vano fue de los intelectuales que más se comprometió para rescatar a Genet, a la sazón en el trullo acusado de todo lo imaginable: homosexual, saltador y, sobre todo, confeso a mucha honra.

Porque todo en la obra de Genet, y *"Querrela de Brest"* no es excepción, se fundamenta en la exhibición provocadora del más tajante de los rechazos hacia el código moral de nuestra sociedad. Genet se consagra, desde la primera línea de lo que escribe, a sacar a la luz cuanto de podrido, sucio, amenazador y chulo pulula por los submundos. Toda su literatura tiene un cierto retintín militante, soberbio. No en vano procura que se note que no habla de oídas, sino que le fue el pellejo en trances como los que pinta.

Pero Genet no es sólo un testigo, o un testigo que denuncia. Mucho menos es sólo una víctima, o un verdugo, ni siquiera sólo un partisano de una causa maldita. Es igualmente un estilista. Su prosa, a la par que el concepto ceremonial de su teatro, está trabajadísima, como resultado de un tremendo afán de cálculo entre lo exquisito o lo cutre. Por ejemplo, en *"Querrela de Brest"* hay no poca *"metafísica del mal"*, y en otro autor ello se-

## ADIOS A LAS LETRAS

### ESCRITOR DE LOS OCHENTA

**E**STE país tuvo su escritor de los sesenta, leyó a los de los setenta y ya se apresta a recibir al escritor de los ochenta.

Muy a su pesar, el escritor español de los ochenta es Alvaro Pombo, del que ya hemos hablado alguna vez en esta estólida columna dórico-jónica.

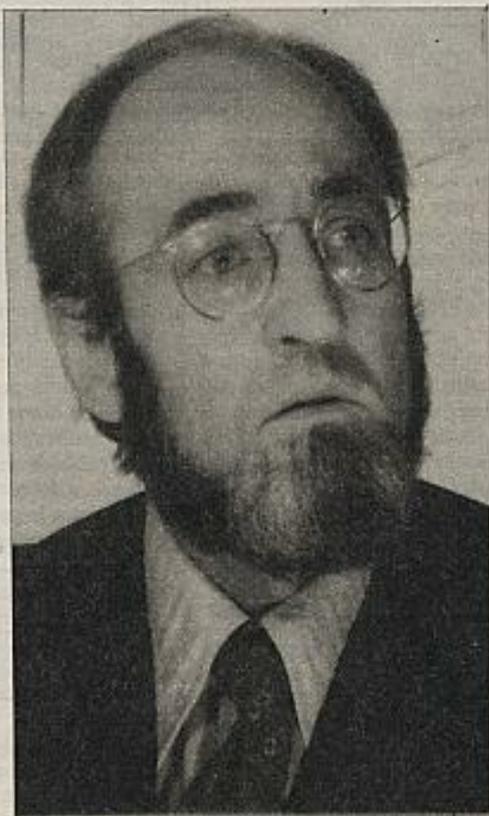
Alvaro Pombo te recibía en Londres con un paraguas y una chaqueta de cuadros y una camisa de franela y unos tenis blanquíazules. Luego te despedía inmediatamente, porque se iba a leer sendas páginas de Hölderlin y Hegel.

Luego se cansó de aquel setenta brumario y, cuando ya la década expiraba, se vino a Madrid a ver dibujos los domingos. Y a hablar con los amigos, porque es uno de los solitarios más comunicativos de entre todos los que nacieron en la Montaña en 1939.

En Londres lo veía yo con dos caballos enjeados de la literatura, Vicente Molina-Foix y Juan Antonio Masoliver. El primero era su dúo en las conversaciones interminables sobre don Juan Benet. El segundo era su exegeta fabuloso, el hombre que puede presumir hoy de ser el mejor lector —y el descubridor, el descubridor "tabernario": Juan Antonio lo descubría todo en un "pub" — del mejor escritor español de los ochenta.

En Madrid no le veo, pero le oigo y le leo, que tratándose de Alvaro Pombo son dos placeres incompletos. Alvaro es, además de su signo literario, su gesto y su palabra. Es cómo se come un bocadillo y cómo avanza, haciendo que la cabeza llegue primero que sus ojos a cualquier puerto de la conversación o del encuentro amistoso.

Ahora acaba de publicar, con Rosa Regás, su *El parecido*, libro al que la gente denomina primera novela de Alvaro Pombo y a mí me horroriza que de ese modo se señale un libro, porque Alvaro Pombo no escribe novelas, ni narra relatos ni versifica poemas. Escribe. Es un escritor. En mucho tiempo, quizá desde aquellos tiempos de Aldecoa y Ferlosio, este país no había dado un escritor tan de cuerpo entero y de ojos azules.



Alvaro Pombo.

Me mueve la amistad, y la admiración, claro, hacia este filósofo de la literatura, que tiene entre sus manos la capacidad de mover un mundo que existe y al que él es capaz de rodear del subjetivismo realista que le convierte en el poeta que es.

Estamos, pues, ante una obra literaria que habrá que seguir a veces con lupa y a veces con los simples ojos abiertos. La única exigencia que este escritor impone a los lectores es la de que éstos sean inteligentes. Pero no hay que desesperar. La inteligencia se aprende leyéndole. ■ SILVESTRE CODAC.

(1) Debate Literatura. Madrid 1979.